

El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado

The unfinished castro of La Forca (Grado, Asturias). A thwarted territorial control

Jorge Camino Mayor (*)
Rogelio Estrada García (**)
Yolanda Viniegra Pacheco (***)

RESUMEN

Una compleja historia reciente estuvo a punto de destruir los últimos vestigios del pequeño castro de La Forca, ubicado en el centro de Asturias. Una actuación arqueológica, casi forense y con financiación privada, permitió conocer las características y cronología del asentamiento. La ausencia de restos de habitación, ratificada con diversos análisis geoquímicos, se pone en relación con la condición inacabada del enclave y la frustración de una iniciativa poblacional al lado de un cruce de rutas naturales que adquirirán gran importancia a partir de época romana. Su temprana cronología y su situación al lado de una necrópolis tumular renuevan las expectativas de conexión entre ambos episodios, a la par que manifiestan la explotación de pastizales y suelos ligeros de media montaña con entornos boscosos que formarían parte del paisaje de la Edad del Bronce.

ABSTRACT

A recent complex history was about to destroy the last remains of the small castro (fortification) of Forca, located in the centre of Asturias. The archaeological, almost forensic, intervention had private funding and allowed us to determine the characteristics and chronology of the site. The absence of habitation remains, supported by different geochemical analyses, ties in with the unfinished condition of the site and the thwarting of a plan to settle beside a crossing of natural routes that would acquire great importance from Roman times. Its early chro-

nology and situation beside a tumulus cemetery renew expectations of a connection between them and there is evidence for the exploitation of the mid-altitude pastures and shallow soils in the woody environments of the Bronze Age in landscape.

Palabras clave: Castros inacabados; Transición Bronce final - primera Edad del Hierro; Relaciones castros y túmulos; Rutas naturales; Recursos media montaña; Análisis geoquímicos.

Key words: *Unfinished castros (hillforts); Transition late Bronze Age - early Iron Age; Relations between castros and tumulus; Natural routes; Middle altitude resource; Geochemical analyses.*

UN YACIMIENTO AL LÍMITE DE LA EXTINCIÓN

El castro denominado La Forca o Pico de Santa Mariña fue localizado por J.M. González (1973: 147) en el año 1969. En sus notas manuscritas dejó constancia de las sutiles propiedades que consiguió descifrar entre un abigarrado matorral, como la forma arqueada que adquiere la cumbre y una gran cantidad de piedra dispuesta en talud por los lados oeste y sur que relaciona con una muralla, la cual, a pesar de no seguir todo el perímetro, constituye el principal elemento distintivo. Menciona también otros vestigios que provocan cierta confusión, caso de los hoyos, montículos de construcciones y paredes en el extremo oriental, o una depresión alineada internamente a la muralla sur (1).

(*) Museo Arqueológico de Asturias. San Vicente 3. 33009 Oviedo. Correo electrónico: jorgecm@princast.es

(**) Arqueólogo. Río Esva 7, 1.º A. 33010 Oviedo. Correo electrónico: rogelioestrada@princast.es

(***) Arqueóloga. UCOFA. Hermanos Menéndez Pidal 32, 1.º B. 33005 Oviedo.

Correo electrónico: afdivisióncultural@ucofa.es

Recibido: 21-V-2008; aceptado: 4-VII-2008.

(1) Agradecemos a Diógenes García, depositario del archivo de J.M. González, que nos facilitase la consulta de la documentación referida al yacimiento.

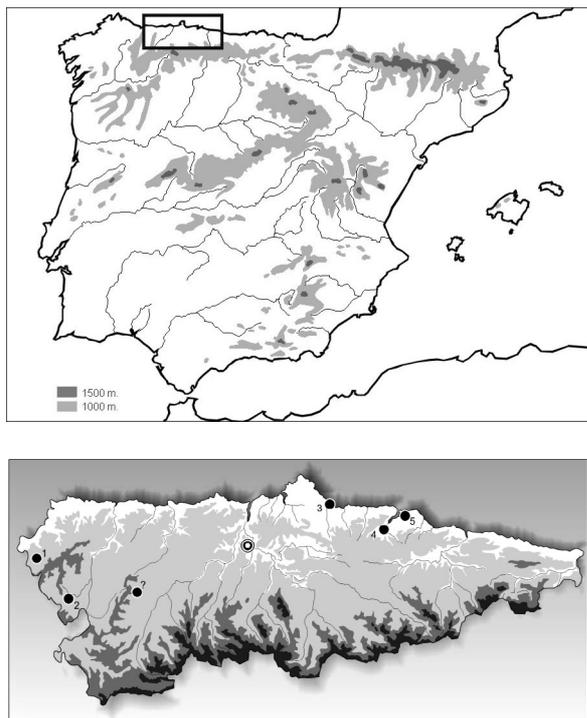


Fig. 1. Situación del castro de La Forca en la región asturiana, en la divisoria del Nalón y del Narcea, e indicación de otros castros de los siglos VIII-VI AC: 1. Os Castros (Taramundi); 2. El Chao Samartín (Grandas de Salime); 3. La Campa Torres (Gijón); 4. El Castillo y 5. El Campón (Villaviciosa); ?, San Chuis (Allande).

A pesar de las pocas décadas transcurridas, en nuestros días el lugar llegó a tal extremo de degradación que era imposible el reconocimiento de su condición arqueológica, hasta el punto de cuestionarse su autenticidad castreña (Estrada 1999: 316). La disyuntiva surgida cobraba especial gravedad puesto que en las inmediaciones existía una cantera de áridos que pretendía extender la explotación a la zona del yacimiento. Uno de los motivos de ese estado es una larga y profunda trinchera que recorre el lado meridional del montículo destruyendo los principales testimonios que identificó J.M. González: la muralla y el andén o depresión contigua. Otras calicatas y una trocha superficial afectaban a la cumbre del cerro. Es de resaltar que en el examen de todos estos vaciados no se atisbó el más mínimo resto arqueológico, excepto un pequeño lote de industria lítica recogido en superficie en la zona alta, con ocasión de la prospección realizada para el inventario arqueológico de Grado. Estaba formado por una esquirla, un fragmento de lasca y un núcleo prismático de microlaminillas

con dos planos de percusión opuestos, todo ello en sílex, conjunto que podría guardar alguna conexión con la vecina necrópolis tumular.

El análisis del archivo de vuelos fotogramétricos aportó bastante luz a la evolución seguida por el yacimiento en ese tiempo. En las fotos ampliadas del año 1970, coetáneas a la exploración de J.M. González, se ven grandes acumulaciones de piedra en los frentes oriental y meridional, con aspecto de formar aislados cráteres. En cambio, las imágenes de 1994 muestran el lugar profundamente transformado por las trincheras y las roderas de paso de maquinaria pesada, acciones que desmantelaron las grandes masas de piedra de la muralla y explican la actual inexpresividad topográfica del yacimiento (2). Otra ilustración determinante se encuentra en un artículo del año 1977 en el que se estudia la vecina necrópolis tumular de El Valle, observándose al fondo el cono de La Forca con una enorme banda blanquecina correspondiente a la piedra de la muralla, por más que se califique de “promontorio rocoso” (Blas 1997: Fig. 2) (3).

Tras recopilar y estudiar la anterior documentación, desde la Consejería de Cultura se diseñó un proyecto de actuación encaminado a determinar la naturaleza arqueológica, el grado de conservación de los restos que pudieran detectarse y su delimitación espacial. En una fase inicial se efectuó el desbroce de la vegetación arbustiva en la totalidad del área y el levantamiento topográfico a una escala de detalle. Después se replanteó un conjunto de nueve sondeos arqueológicos, que sumaron una superficie total excavada de casi 200 m², dimensión que fue resolutive para la localización y caracterización de las evidencias materiales y sedimentarias (4).

AUTOPSIA DE UNA IDENTIDAD CASTREÑA

La Forca es un pequeño cerro cónico de 409 m de altitud situado en un espolón de la sierra del

(2) Las diligencias iniciadas por la Consejería de Cultura, con la colaboración de la de Industria, demostraron la ilegalidad de las investigaciones mineras realizadas, pero, como tantas veces, el expediente hubo de sobreseerse ante la prescripción de los hechos y la desaparición mercantil de la empresa responsable.

(3) A pesar de su publicación, años después esta necrópolis formada por seis túmulos fue casi íntegramente destruida para la conversión del terreno en pradera.

(4) Los trabajos fueron sufragados, al igual que la mayor parte de las analíticas derivadas, por la empresa “Cantera Grado, S.L.”, cuyos responsables tuvieron un comportamiento siempre colaborador.

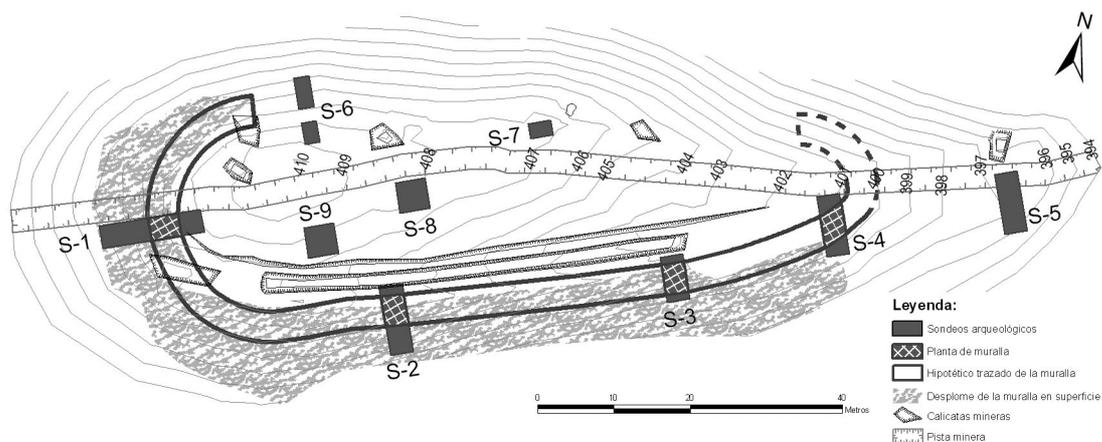


Fig. 2. Plano topográfico del castro, con indicación de las remociones mineras, sondeos arqueológicos, trazo de la muralla y su banda de derrumbe.

Pedrorrio, estrecho cordal que separa las cuencas de los ríos Nalón y Narcea, muy cerca de la confluencia de ambos. Aunque el castro cae de la vertiente del primer río, sobre cuya vega tiene una altitud relativa de 350 m, su emplazamiento está directamente vinculado a las planicies cimeras y, por tanto, muy próximo al paso natural hacia el valle del Narcea. Este promontorio se orienta en sentido O-E, presentando una ladera de una veintena de metros que lo realza frente al istmo de unión con la sierra, en tanto el resto de su

perímetro aboca a fuertes pendientes, acantilada la de todo el lado norte.

Tal como era previsible, debido a la disposición y distribución de los sondeos en relación con el pequeño tamaño del castro, se obtuvo un registro que permite reconstruir una imagen general de este. El castro está definido por una muralla que fue exhumada en varias de las trincheras transversales, trazadas para tal fin a partir de algo de piedra desplomada que aflora por los flancos occidental y meridional. En sus tramos mejor con-

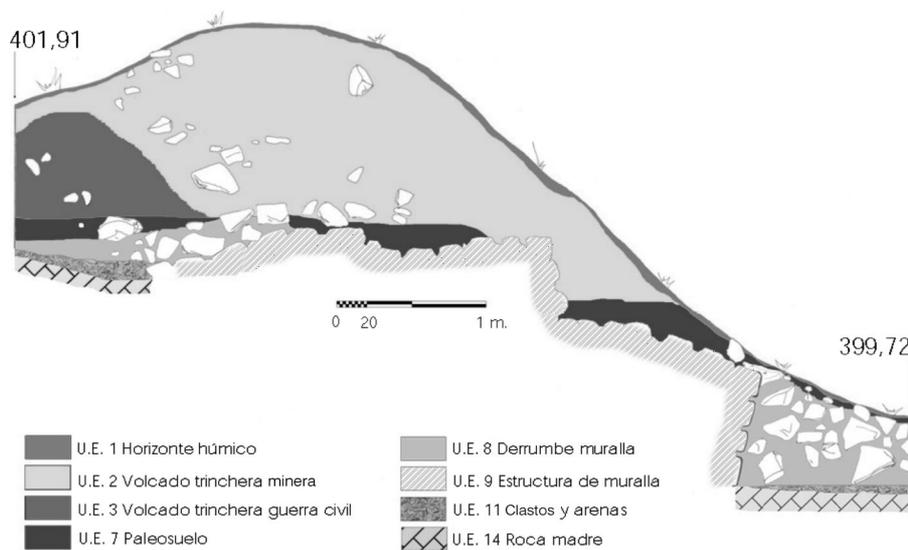


Fig. 3. Perfil estratigráfico del sondeo 3 en el que se aprecia la muralla y los dos volcados de tierras vaciadas de su trasdós.

servados, la muralla muestra su composición con bloques poliédricos de cuarcita armoricana, la formación del substrato local, colocados irregularmente a hueso y ajustadas sus juntas a veces con ripios. Como fue levantada en la ladera, el paramento exterior cimienta a menor altura que el interno. En todo caso, ambos descansan sobre una delgada cama de matriz arenosa con gran número de clastos, en parte producto de la acomodación del terreno y quizá de la obra constructiva. La altura alcanza todavía 1,30 m en su frente externo, en tanto el interno ha desaparecido o se limita a unas pocas de hiladas. La obra supera 4 m de anchura.

Este encintado presentaba claros giros para envolver los estrechos costados oriental y occidental, con lo que el recinto pudo ser establecido con absoluta precisión. Sin embargo, la muralla no continúa a lo largo del lado norte, recortado por una pendiente vertical, y tampoco se aprecian en los sondeos signos de un cierre con otra clase de materiales. Por el contrario, la superficie del substrato aparece deformada por la extracción de bloques conforme a las fisuras de las diaclasas, tal como se verificó en otras zonas. Parece que el acopio de piedra para la muralla se obtuvo de un descortezado de la roca, que debió servir al mismo tiempo para suavizar la escabrosidad del cerro. Otra particularidad relacionada con la muralla son los restos de madera carbonizada que menudean entre y bajo su derrumbe externo y que

cabalmente han de pertenecer a la empalizada o adarve que debiera coronarla.

El espacio acotado por la muralla queda definido por la corona del cerro, que adquiere una forma marcadamente oval, con un eje longitudinal de 85 m y una anchura máxima de 25 m que en el extremo oriental se reducen a tan sólo unos pocos metros. Consiguientemente, la extensión apenas alcanza 2.000 m². La superficie del recinto está guiada por el estrecho dorso de la cumbre en el que la roca está emergente. A continuación ofrece un declive de cierta consideración hasta llegar a la muralla, la cual brinda una banda aterrazada. Las excavaciones en los constreñidos espacios del recinto que ofrecían mejores condiciones no aportaron nada significativo, con total ausencia de materiales arqueológicos en la somera cobertera térrea. Sólo una extendida masa de piedras de mediano tamaño, con distribución caótica y desprovista de signos constructivos, pudiera tener su origen en una estructura completamente desvirtuada. Varias gruesas lascas de cuarcita y una lámina de sílex, aparecidas entre ellas, y leves manchas de quema en el suelo subyacente son el parco bagaje escrutado.

En la zona occidental del enclave, en un caso sobre la muralla y en otro en la cima que se encuentra tras ella, la limpieza de la capa de piedra superficial dejó al descubierto un par de amplios hoyos circulares con ligero resalte de su borde, que han de equivaler a las irregularidades señala-

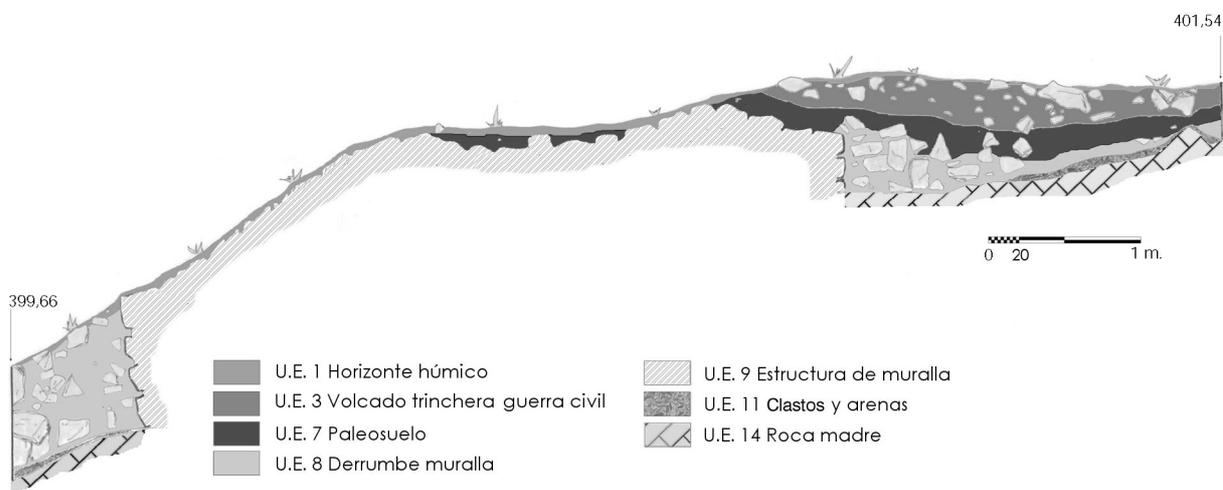


Fig. 4. Perfil estratigráfico del sondeo 4 del Castro de la Forca, donde se obtuvieron las muestras para las dataciones carbono-14.

das por J.M. González. Diversos restos de munición, entre ellos un fragmento de la corteza de una granada, corroboran que esas pseudo construcciones constituyen puestos de tiro de una posición militar.

Con todo, hay que suponer que el área mejor acondicionada para la habitación o, al menos, para la conservación de los restos mobiliarios, estuviese en la franja de terreno anexa a la muralla sur, donde dicho investigador divisó una depresión con aspecto de paso, y que en tantos castros con esta morfología acoge las construcciones residenciales. Lamentablemente, esta plataforma fue vaciada por la trinchera minera, sin duda al favorecer la llanura del terreno la maniobra de maquinaria pesada. Pese a ello, junto a la pared interna de la muralla, por fortuna conservada en algunos tramos, permanecen retazos del sedimento original, pero éste es una capa delgada, llegando el débil derrumbe de la muralla a contactar con la roca, y no aportó ningún elemento arqueológico.

A pesar de este irreparable evento, en las excavaciones del sector meridional se produjo una inesperada oportunidad para revisar buena parte del contenido original del depósito sedimentario exventrado de la trinchera. Este hecho fue propiciado al verterse las tierras ladera abajo, dando lugar a un cono de volcados que alcanza su má-

ximo grosor sobre la testa de la muralla. La formación de este depósito reciente es muy expresiva en los perfiles realizados, donde se observa una sucesión hojaldrada de capas amarillentas y pedregosas que alternan con otras arenosas y orgánicas, las cuales atienden a su dispar procedencia del roquedo o de la cobertera. La cuidadosa excavación realizada, con el cribado constante de algunos sedimentos, fue una vez más estéril en materiales arqueológicos, ecofactos incluidos.

Una salvedad debe hacerse al precedente comentario. En ese horizonte de apariencia compleja, en ocasiones es posible diferenciar una capa de tierra muy oscura que ocupa su base y forma un primer caballete sobre la banda más interna de la muralla. En ella se recuperaron varios casquillos de munición de fusilería. Por tanto, cabe inducir un primer vaciado tras la defensa castreña que muy bien correspondería a la depresión longitudinal señalada por J.M. González, y que puede obedecer a una trinchera militar ya atenuada. En definitiva, el cerro de La Forca fue utilizado como un puesto defensivo, fortificándose con pozos de tirador, trincheras y parapetos que hacían frente sobre todo a los lados oeste y sur, coincidiendo con la muralla castreña. Aunque en el collado de La Cabruñana ya se situaron milicianos que intentaron evitar el avance de las tropas de



Lám. I. El cerro de La Forca visto desde las planicies de la sierra donde se encontraba la necrópolis tumular.

Fernández Ochoa venidas para sofocar la revolución de octubre de 1934, lo más probable es que este lugar se integre en la línea defensiva republicana, compuesta por miles de efectivos a las órdenes del comandante Gállego, también para contener en ese paso estratégico a las columnas gallegas mandadas por el coronel P. Martín Alonso, desarrollándose encarnizados combates entre los días 11 y 14 de septiembre de 1936, hasta que la posición es tomada y desbordada en la marcha hacia la localidad de Grado. Luego la zona formó parte del corredor de comunicación con Oviedo, entonces sitiado por el ejército republicano que hizo reiterados intentos por ocuparla de nuevo.

Finalmente, el frente occidental de la muralla ofrece un intenso arrasamiento que puede ponerse en relación con la saca masiva de piedra, con anterioridad a la guerra, desde un camino próximo.

Es evidente que la pertinaz ausencia de hallazgos arqueológicos convencionales a los poblados castreños constituía una incógnita de difícil explicación. Era obligado inferir que la carencia de restos constructivos y de sedimentación abundaba en la misma causa común que la de los materiales. No obstante, se decidió profundizar en una línea de analíticas químicas para determinar si los factores edáficos de un terreno ácido podían influir en la desintegración masiva de restos mobiliarios, más acentuados si cabe al tratarse de una ocupación que podía remontarse a un momento germinal de la cultura castreña. Los estudios efectuados por las geólogas de la Universidad de Oviedo, Montserrat Jiménez y Eva M.^a Martos, llegaron a las siguientes conclusiones, tomando como base de contraste los paleosuelos antiguo y subactual:

1. Los sedimentos muestran valores de pH similares, próximos a 4, lo que indica unas condiciones de acidez en el medio que deben ser consideradas a la hora de explicar la no conservación de determinados restos arqueológicos.

2. El análisis difractométrico refleja la ausencia de minerales indicativos de procesos de cremación o calcinación por incendio de posibles restos de carácter óseo, por lo que no se puede suponer la presencia de estos.

3. Del análisis geoquímico se desprende que existen restos de fosfato y calcio en las muestras tomadas, pero siempre en concentraciones muy bajas, sobre todo en el paleosuelo superior, por lo que no es factible afirmar taxativamente la asociación de este índice a la preexistencia de restos orgánicos en los paleosuelos.

Las analíticas vienen, pues, a coincidir con las observaciones arqueológicas en el sentido de la inexistencia de restos propios de un lugar de habitación. Por otra parte, si reparamos en un vestigio tan parsimonioso en los castros como la cerámica, resulta excesivo aceptar su total reversión a un estado arcilloso para justificar su ausencia, por acudir a un tipo de perturbación constatada en este período (Olaetxea 2000).

UN ACONTECIMIENTO PERDIDO EN UNA CRONOLOGÍA EXTENSA

Para tratar de fijar la datación del enclave se recurrió al procesado mediante carbono-14 de material orgánico contenido en los sedimentos coevos a la muralla, tratándose tres muestras, cuyos datos básicos se exponen en la siguiente tabla (5):

Muestra	Material	Contexto arqueológico	Fecha C-14	Cal 1 σ	Cal 2 σ
Beta-194075	Madera carbonizada	Derrumbe muralla	2570 \pm 60 BPI	Cal BC 800-770	Cal BC 820-520
Beta-229399	Madera carbonizada	Derrumbe muralla	2420 \pm 50 BP	Cal BC 730-690 540-400	Cal BC 760-390
Beta-194076	Sedimento orgánico	Piso externo muralla	1750 \pm 60 BP	Cal AD 230-380	Cal AD 130-420

Tab. 1. Relación de las dataciones carbono-14 calibradas del Castro de La Forca.

(5) Fueron analizadas por *Beta Analytic* de Miami. Beta-229399, almacenada en condiciones frías estables, se pro-

cesó tres años después con financiación de la Consejería de Cultura.

De dichos resultados no consideramos representativo el más moderno, Beta-194076, al ser incompatible con las otras dos dataciones. Sin poder descartar cualquier efecto antrópico, hasta ahora no documentado en el registro del yacimiento, es plausible que esa fecha sea un balance de procesos edafogénicos. En cambio, las otras dos remiten a un mismo intervalo cronológico que, además, es coherente con la secuencia de la cultura castreña. Es obvio que la breve edad real que transmite el yacimiento queda sumida en la larga franja deparada por la calibración. La ausencia de material arqueológico impide establecer la más ligera matización, más allá del “aire arcaico” que pudiera reclamarse para algunos de sus rasgos. Las maderas datadas, que atribuimos a complementos lignarios de la muralla, sitúan la construcción y vigencia de las estructuras castreñas entre los siglos VIII y VI AC, es decir, en la primera Edad del Hierro y en su engarce con el Bronce final, período correspondiente a la primera etapa de la cultura castreña en la zona central de Asturias, con ejemplos como El Campón de Olivar y El Castillo de Camoca –Villaviciosa– (Camino 1995, 1999) o La Campa Torres (Maya y Cuesta, 2001; Camino, 2000); pero también en el occidente regional con El Chao Samartín –Grandas de Salime– y Os Castros –Taramundi– (Villa 2005). La combinación estadística de ambas dataciones se ofrece en la figura 5 (6):

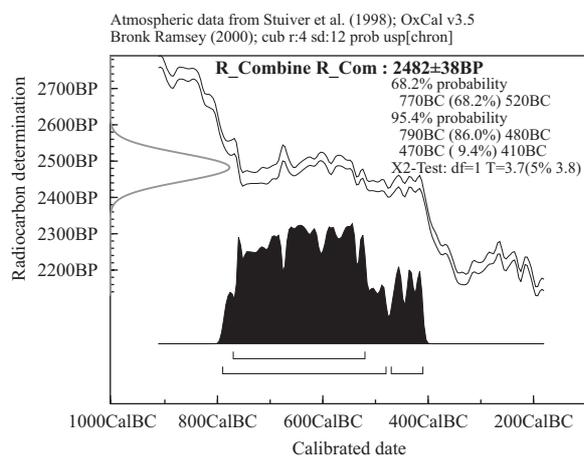


Fig. 5. Combinación estadística de las dataciones carbono-14 Beta-194075 y Beta-229399 del castro de La Forca, calibradas por el programa INTCAL98 e INTCAL04 respectivamente (Stuiver *et al.* 1998).

(6) Agradecemos a nuestra compañera Rosa Barroso Bermejo su elaboración.

Con un sentido más bien especulativo, nos preguntamos si la alta probabilidad que tiene Beta-194075 a concretar la datación en el primer tercio del siglo VIII AC puede reflejar la realidad. Ciertamente, algunas dataciones que han podido evadir la laxitud de las calibraciones de esa etapa, como en El Chao Samartín, confirman por ahora la eclosión del período castreño en aquellas mismas décadas (Villa y Cabo 2003).

UN CASTRO INHABITADO

Las excavaciones y estudios realizados ponen de manifiesto que el recinto de La Forca no llegó a ser habitado tras su construcción. Tampoco se evidencian en este castro atributos que hagan sospechar una función especializada que explique la causa de tan inusual comportamiento. Por el contrario, su emplazamiento y planteamiento constructivo encuentran lugares comunes en el mundo castreño. Sus escasos 2.000 m² lo alojan en el grupo de castros regionales más pequeños, y varias de sus características lo asemejan, por acudir a un poblado carismático, al *Picu 'l Castriu de Caravia*, poseedor de una rica metalurgia y definidor en su día de la facies posthallstática en la vertiente cantábrica (Bosh-Gimpera 1932: 617).

Dos opciones distintas pueden sugerirse para explicar la especial singularidad de este enclave. De un lado, que entre a formar parte del pequeño elenco conocido de fundaciones inconclusas por diversas circunstancias (Ralston 2006: 95). De otro, que se hubiese concebido únicamente como un refugio temporal ante una amenaza externa.

Las evidencias de la excavación dan a entender la finalización, al menos, de la longitud de la muralla, cuyo encintado alcanza por ambos costados el agreste lado septentrional. El alzado conservado y las grandes masas de derrumbes que se ven en las fotografías antiguas apuntan también a su conclusión en altura, algo que corroboran los restos de maderas si pertenecen, como parece, a un adarve ligneo. La ausencia de muralla en el frente norte, provisto de una aplomada vertiente y muy expuesto a los agentes meteorológicos, puede explicarse mejor por una falta de necesidad que por una súbita interrupción de las obras. Muchos castros no estaban rodeados enteramente con murallas y complementaban parte del perí-



Lám. II. Imagen aérea de la estrecha lomera del cerro de La Forca. Se ven los acordonados perimetrales del desbroce, la larga trinchera minera y, siguiendo la cumbre, una caja de entrada de maquinaria. También se aprecian los sondeos arqueológicos y las escombreras.

metro en escarpes naturales. Baste citar el de Caravia (Llano 1919), la segunda etapa de El Chao Samartín (Villa 2005), seguramente el de Cella-gú (Berrocal *et al.* 2002: 100), y paradigmáticamente, los castros marítimos (Camino 1995), el modelo de los espolones cortados del norte de Francia (Buchsenschutz 1984) y diversas fortificaciones británicas (Ralston 2006: 99). En otro sentido, el ejemplo de La Forca es concluyente para comprender cómo la construcción de la muralla en los castros *ex novo* constituye normalmente la primera obra y un elemento previo para la ordenación del espacio, tal como se viene proponiendo a través del estudio de diversos poblados (Orejas *et al.* 1994: 205; Fernández-Posse 2001: 19-22; Camino 1995: 121).

Más extraña es la documentación de poblados no finalizados, aunque en el ámbito castreño deba traerse a colación el de Borrenes, cuyo fracaso constructivo encuentra acomodo en el contexto de las guerras cántabras (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse 1990: 253-254); mientras que a escala europea es insoslayable la mención de Ladle Hill, fortificación interrumpida en pleno desarrollo de los trabajos, estudiada por S. Piggot (Cunliffe 2004: 30) y contemporánea con el intervalo cronológico de La Forca. La inclusión de La Forca en esa categoría, además de por la caren-

cia de detritos habitacionales y fundaciones domésticas, encuentra apoyo en un sutil detalle. El escaso espacio tras la muralla intacto no cuenta con el más mínimo acondicionamiento interno, aquí exigido no sólo por la prominente inclinación del terreno, sino por la aspereza del roquedo emergente. Estos inconvenientes se paliarían, como es corriente en este tipo de emplazamientos, con la formación de una plataforma de relleno que se adosase a la muralla, pero aquí el derrumbe de ésta se derrama sobre el nivel de alteración de la roca evidenciando, además, la inexistencia de una sedimentación ocupacional.

Ciertamente, las fortificaciones refugio para aldeas agrícolas ante eventos bélicos se mencionan en áreas centroeuropeas, como en el Departamento de Marne (Chossenot 1988: 109), aunque con un planteamiento esencialmente teórico (Audouze y Buchsenschutz 1989: 276), a la par que resulta obsoleta su traslación a los castros norteños (Blázquez 1984: 135). Con independencia de argumentos de más trasfondo (Audouze y Buchsenschutz 1989: 276), en La Forca basta con tener en cuenta, por ejemplo, su pequeño tamaño y la total carencia de autonomía para almacenar recursos hídricos y alimentos en su interior y así hacer frente a un asedio. En realidad, es tremendamente conspicuo el conocimiento de las causas concretas

que frustraron el proyecto constructivo, máxime cuando se pierde todo lazo temporal con la conquista romana, siempre un socorrido referente (Ralston 2006: 95 y 98).

Una particular atención merece el llamado *Picu 'l Castru* de Moriyón –Villaviciosa–, un cerro fortificado contiguo al conocido castro de la segunda Edad del Hierro del *Picu Castiellu*. Una muralla y dos taludes, que tampoco prosiguen por el lado de más pendiente, engloban un recinto casi idéntico en tamaño y forma al de La Forca. Tampoco aquí se encontraron estructuras domésticas, restos mobiliarios o tan siquiera una formación sedimentaria antigua. La función de antecastro o fortín, por su situación en la zona de acceso al poblado adyacente, es lógica (Camino 1992: 138), pero no se pueden descartar otras causas que asemejen su problemática al de La Forca.



Lám. III. Sondeo 1. Estado de arrasamiento que muestra la muralla en el sector occidental. A su derecha se acondicionó con piedra superficial un pozo de tirador. La superficie de las cuarcitas muestra de qué modo se pudieron extraer los bloques para la construcción de la obra defensiva.

EL CASTRO EN SU MEDIO: HACIA UN PAISAJE DE LA EDAD DEL BRONCE

Frente a la limitación del registro interno, el castro de La Forca se encuentra en un espacio geográfico con una cierta profusión de restos arqueológicos que quizá contribuyan a comprender el rol de ese enclave. Parece trascendente recordar la presencia de la necrópolis tumular situada a su lado en una amplia llanada. Destruída casi por entero, no ha trascendido ningún indicio cronológico, señalándose sólo su composición terrea en algún caso tal vez acompañada de bases o corazas pétreas. Aunque este campo tumular formó parte del paisaje inmediato del castro, dibujando uno de los mejores ejemplos regionales en la relación espacial entre ambas realidades, cualquier conexión temporal entre ellas es aún frágil, por más que algunos túmulos del centro de la región con morfologías cercanas a las comentadas puedan ser datados ya en plena Edad del Bronce (Blas 1985: 134). Seguramente no convenga descartar que la distancia cronológica entre los epígonos del fenómeno tumular y el surgimiento de lo castreño pueda ir estrechándose en un futuro, considerando el continuismo de tradiciones funerarias que se observan en otras áreas peninsulares (Barroso *et al.* 2007b: 18 y ss.). En relación con ello, un gran interés despierta el estilo leptolítico de los pocos restos industriales encontrados, ya que refuerzan el vínculo con un estadio cultural propio de la inmediata necrópolis, pero no sabemos cómo deben interpretarse: ¿indican la contemporaneidad o, mejor, la continuidad cultural entre ambas expresiones arqueológicas?; ¿acaso se trata sólo de ocupaciones residuales de los constructores de túmulos anteriores?

En todo caso, no puede negarse que el terreno agrario de la comunidad que pretendió establecerse en La Forca se encontraba en un entorno de monte con suelo arenoso y ligero, apto para pastizales extensivos y una agricultura de roza como la que se viene proponiendo para la etapa de los túmulos en el noroeste peninsular (Criado 1988: 76 y ss.). En este sentido, los análisis polínicos muestran un sugestivo paisaje, muy parecido al actual, pero con importantes matices. El polen arbóreo constituye el 40 % de los taxones vinculados a un bosque mixto caducifolio en el que no faltan castaño y pino, en tanto que en el episodio subactual baja al 25 % con caída de todas las especies y desaparición del pino y del haya. El pino



Lám. IV. Sondeo 2 del castro de La Forca. Frente externo de la muralla en el lado meridional, asentada sobre el roquedo.

herbáceo aporta el 35 % de los indicadores al igual que en los tiempos cercanos, destacando la presencia de *Cerealia*. El arbustivo pasa de un porcentaje del 25 % en tiempos prehistóricos al marcado dominio que ostenta en el presente. En suma, la fortificación surge en un ambiente de campos abiertos dedicados a pastizales y cultivos, y en el que el bosque mixto ocupaba una superficie que parece duplicar la actual (7).

Las elevadas dataciones de los primeros castros en algunas comarcas del noroeste peninsular, en los siglos IX y X a.C., permiten insertar el arranque de esta cultura en la Edad del Bronce cronológica, superando el nexo basado en la prolongación cultural o tecnológica de este período. Aunque en Asturias las cronologías castreñas más viejas no desbordan el ámbito del siglo VIII a.C., salvo el Chao Samartín que se adentra a finales del IX a.C., otros aspectos territoriales pueden ser traídos a colación aprovechando la evidencia de La Forca para intentar reforzar esos vínculos entre las sociedades castreñas y sus predecesoras de la Edad del Bronce. A pesar de que la vecindad de La Forca y la necrópolis tumular resulta muy explícita, no quiere decir que sea un ejemplo único en ese primer estadio de la cultura

castreña. En el occidente asturiano el Chao Samartín comparte su localización en la altiplanicie con varios conjuntos tumulares, y lo mismo puede decirse de San Chuis, en el que existe una fase de ocupación mucho más antigua que las excavadas hasta los años ochenta (Villa 2007: 193). En la parte oriental los castros documentados de este período se sitúan a alturas más bajas, lo que no impide su asimilación a vestigios pretéritos. Así, El Castillo de Camoca se encuentra muy cercano al Castiellu de Ambás, poblado no fortificado que cuenta con una fecha de mediados del IV milenio a.C. (8). Por su parte, El Campón de Olivar coincide en la desembocadura del estuario de Villaviciosa con una orla de construcciones tumulares, además de otras situadas algo por encima en la rasa costera. La Campa Torres se ubica en el final de una sierra plana que a escasos kilómetros alberga uno de los mayores conjuntos tumulares asturianos, el del monte Areo.

Faltan todavía pruebas firmes que constaten la contemporaneidad entre el final del mundo tumular y el arranque de los castros, pero no ha de olvidarse la dirección apuntada por los monumentos epimegalíticos de la Edad del Hierro en el Cantábrico oriental (Blot 1990), ni la de algunos usos tumulares en el norte de Portugal durante el período castreño (Bettencourt 2000b). No obstan-

(7) Estudio polínico realizado por Lidia Ruiz Zapata y M.^a José Gil, de la Universidad de Alcalá de Henares, con muestreo del paleosuelo asociado a la muralla y del suelo subactual.

(8) CSIC-1301, 4759±30 BP, cal BC 3638-3381

te, este planteamiento ofrece otra línea de trabajo en la que se viene reparando desde hace poco, y no es otra que la coincidencia existente entre los territorios económicos y políticos de las comunidades autoras de ambas realidades. Con el progresivo conocimiento de las actividades productoras de las sociedades cantábricas y del noroeste durante la Edad del Bronce, debiera tenerse muy presente la importancia territorial y cultural que adquiere la definición del terreno agrario en cada comunidad. Y es que la documentación arqueológica de finales de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro transmite, por doquiera de la franja septentrional, la existencia de unas sociedades agrarias basadas en una explotación del terrazgo de amplio espectro más o menos consolidada. La apertura y mantenimiento de terrenos dedicados a la obtención de cultivos y pastos, así como el suministro de variadas reservas del área forestal, comportaban una inversión energética y social muy superior a cualquier otra clase de monumento transmitido para la posteridad, especialmente ante la pertinaz presión de la vegetación



Lám. V. Sondeo 4. La muralla efectuando la flexión que cierra el angosto extremo oriental.

atlántica. La apropiación, conservación y ampliación de estos territorios de subsistencia a lo largo del tiempo hubo de ser uno de los objetivos primordiales de las distintas comunidades, constituyendo los monumentos funerarios y sus paulatinos sustitutos, los poblados fortificados, algunas de las representaciones simbólicas de la posesión y control del espacio por un grupo humano (Percero 1995: 137). Quizás esa percepción de los primeros paisajes castreños no sea en buena parte más que una herencia no interrumpida de los territorios de las comunidades que los precedieron en el aprovechamiento de los mismos. No cabe duda de que la necrópolis formaba parte del paisaje más inmediato del castro, pudiendo representar una elocuente expresión de la relación cultural con los ancestros de la comunidad (Barroso *et al.* 2007a: 123 y ss.).

Por el modelo de esa relación con el medio, La Forca se asemeja a otros castros tempranos del occidente asturiano, como El Chao Samartín o San Chuis, situados en penillanuras de mediana elevación. En cambio, más al oriente los castros de la ría de Villaviciosa de El Castillo de Camoca y El Campón de Olivar, así como La Campa Torres en Gijón, se encuentran en terrenos más bajos, los primeros en el mismo valle. Sabemos que en la Asturias central la agricultura se basaba en un primitivo cereal de invierno, *Triticum dicoccum* –escanda menor–, especie adaptada a suelos ligeros y a duras condiciones meteorológicas, que se combinaba con cultivos de ciclo corto y leguminosas. Esta escanda parece que llegó ser endémica en la comarca y puede que su éxito se debiese a la buena aclimatación a circunstancias muy variables (Camino 2005: 84-86). Así que cuando se crean los primeros castros no parece haber un modelo topográfico uniforme en la explotación del medio, ya que en unas zonas prevalecen los asentamientos en el margen de peniplanicies y mesetas, y en otras se prefieren las tierras bajas y valles. Por más que el primer caso se concentra en las comarcas occidentales y el segundo en las orientales, es de suponer que nos encontremos ante una situación de cierta variabilidad condicionada, entre otros factores, por el marco orográfico y ecológico, diversidad que no ha pasado desapercibida en el ámbito del noroeste peninsular, tanto en el norte de Portugal (Bettencourt 2000a: 82) como en Galicia (Méndez 1994: 92). La mayor vinculación con tierras amesetadas que bordean los valles parece ser bastante frecuente des-



Lám. VI. Sondeo 3. La muralla del Castro de La Forca en el sector meridional. Su cara interna se muestra recubierta por un caballete de tierras oscuras quizá formado durante la guerra civil y que sella un suelo subactual. Por encima, una sucesión de facies de gravas y arenas alternando con bandas orgánicas pertenecientes al gran volcado de la trinchera minera.

de la Edad del Bronce en las tierras interiores de esas regiones, notándose una progresiva tendencia a la colonización de los valles que culminará en la Edad del Hierro (Bettencourt 2000a: 80 y ss.; Parcero 2000: 86). Asociado a estos castros de la primera Edad del Hierro, implantados en medianas alturas, se ha descrito en Galicia un modelo agrario caracterizado por un cultivo extensivo reiterado que apenas deja huella en el paisaje por no equiparse de obras de acondicionamiento (Parcero 2006: 60 y 80), aspectos que se acomodan bien al castro de La Forca.

LA COMPLEJA ANTROPIZACIÓN DEL ENTORNO

La Forca se imbrica en un espacio abundado en manifestaciones castreñas, sea hacia la vertiente del Nalón, sea hacia la del Narcea, pero tampoco se cuenta con ninguna información cronológica de ellas. Lo más sorprendente es que a tan sólo unos pocos centenares de metros, al otro lado de la escotadura que lo recorta por el norte, existe otra fortificación catalogada como castreña (González 1966: 266). Conocida como El Pedreo, se ubica en un espolón rocoso sobre la tajadura natural, en un medio agreste, y posee varios pequeños fosos más un enorme derrumbe de piedras en un recinto pequeño. Una oportuna prospección con georradar permitió identificar una estructura de planta oval o rectangular, de 35 por 18 m en sus ejes, que insinúa una pequeña fortaleza (Estrada 2000: 2-4) (9). De ser correcta esta morfología, unido al ostensible carácter estratégico del

emplazamiento, habrá que pensar en su probable correspondencia a época romana o altomedieval. No obstante, como en un radio de 4 km se conocen otros cuatro castros ribeteando la sierra, quizá alguno de ellos pudo reemplazar el fallido intento poblacional de La Forca, debiendo tenerse muy en cuenta la interdependencia existente entre poblados próximos, máxime en el caso de una pequeña comunidad como la que pretendió establecerse en ese castro.

Realmente, es bien conocido que este sector de la sierra, que separa las cuencas del Nalón y Narcea, tuvo desde época romana y hasta nuestros días una gran importancia en la comunicación transversal entre ambos valles, encauzadores, por otro lado, de la mayor parte del poblamiento de la Asturias central y centro-occidental, esto es, la *Asturia Transmontana*. Por el collado del Fresno, situado un millar de metros al sur de La Forca y de La Cabruñana, transcurre el camino medieval a Santiago (Uría 1948: 553-554), seguramente siguiendo una arteria romana, la que iba de *Lucus Asturum* a *Lucus Augusti*, trazado que aún estaba en uso a finales del siglo XVIII (Jovellanos 1915: 84 y 317). Dos recientes e importantes hallazgos vienen en apoyo de su curso: el establecimiento romano, a todas luces itinerario, de *Las Murias* en la bajada al Narcea (Estrada 2006) y el arranque de un largo puente, que contaba entre 10 y 14 arcos, que cruzaba ese río al pie del primero (Requejo 2007). Pero no deja de ser cierto que por La Cabruñana pudo haber un

(9) El estudio fue realizado por la empresa AITEMÍN, gracias a la ayuda de José Carrasco.

paso al menos desde tiempos medievales, pues ya en 1267 se menciona una malatería en ese lugar, y un viejo camino asciende desde el valle del Nalón siguiendo la profunda torrentera que separa las fortificaciones de La Forca y El Pedreo, por donde se encajó en el siglo XIX la carretera nacional a Galicia que justificaría el valor estratégico que La Cabruñana adquirió en la guerra civil y que, antes, durante la de la Independencia había desempeñado El Fresno (Álvarez Valdés 1988: 206, 241). El camino de La Cabruñana, además, podía pasar cerca del castro de El Castiello de Doriga situado sobre la vega del Narcea (González 1966: 266). Con todo, la red de comunicaciones antiguas era aún más complejo, puesto que, proveniente de *Asturica Augusta*, allí llegaba la vía romana de La Mesa recorriendo la larga cuerda de un conjunto de sierras hasta el collado de El Fresno, donde se cruzaba con la anterior, y debía proseguir hasta la costa.

No podemos, ni mucho menos, transponer la realidad caminera expuesta a los tiempos de La Forca, pero un buen conjunto de túmulos dispersos por los segmentos de la sierra confirman viejas ocupaciones y amplios trasiegos pastoriles, a la par que los collados constituían las rutas de paso obligadas entre las espaciosas vegas del Nalón y Narcea en cuya proximidad acabaron asentándose varios castros. Esas rutas seculares y

las surgidas entre los nacientes núcleos repercutieron en la consolidación de los dominios espaciales locales. La inserción de los poblados en una red caminera facilitaba la intercomunicación, pero también constituía un factor de control de paso en los sucesivos territorios que eran atravesados, ya fuese con vistas a intercambios o especialmente en los desplazamientos del ganado en busca de áreas de pasturaje. Por si fuera poco, esta sierra pudiera avenirse bien con el hito divisorio natural que mediase entre los pueblos de los lugones y péscicos del período romano, cuya diferenciación administrativa quizá se sustentase en un trasfondo étnico. De modo que La Forca viene a inscribirse entre los asentamientos de la primera etapa castreña vinculados al curso de rutas naturales, por las que transcurrieron después los caminos históricos, al igual que ocurre en Asturias con los relevantes poblados de El Chao Samartín y El Castillo de Camoca.

CONCLUSIONES

En definitiva, durante el episodio formativo del ciclo castreño una pequeña comunidad intentó establecerse en el cerro de La Forca con un tipo de recinto fortificado convencional a los patrones de aquella cultura. Ese asentamiento con-



Lam. VII. Explanada en la que se encontraba la necrópolis tumular de El Valle. A la derecha el Picu La Forca y la amplia depresión del Nalón.

solidaba una ocupación previa, representada por los grupos constructores de túmulos, que dejó un paisaje y una forma de explotación del medio que eran bien conocidas y, a tenor de su coincidencia en el espacio, cabe alegar que compartidas por la gente impulsora del nuevo poblado. Si no fueron contemporáneos al poblado, al menos estos monumentos funerarios estaban integrados en el paisaje más próximo con lo que debían de conservar un significado simbólico de relación con los antepasados. La vocación económica de las tierras altas en la que se emplaza es claramente ganadera, tolerante para una agricultura ligera de roza y quema, pero aún con un gran peso forestal en las proximidades. La zona es una auténtica encrucijada entre las rutas que recorrían la sierra y las que pasaban entre los valles del Nalón y del Narcea, todas ellas cristalizadas desde época romana hasta la actualidad. Este debió ser el contexto que pretendió apropiarse de una forma estable el grupo humano que afrontó la construcción del castro, en un momento en el que la competencia social por el dominio y autonomía de los pequeños territorios locales debió incrementarse notablemente, tal como delata la propia aparición de los poblados fortificados en el contexto europeo. Si el fracaso poblacional de La Forca se debe a algún efecto de esa pugna subyacente o a circunstancias imprevistas es un interrogante que, con la información disponible, ha de quedar pendiente de explicación. Salvando las inevitables distancias, sobre esta casuística es obligado recordar los varios casos, reflejados en el diplomático medieval asturiano (Ruiz de la Peña 1981), en que las rivalidades sociales condenaron al fracaso el desarrollo de algunas pueblas nacientes. Al igual que ha de quedar en suspenso el grado de dependencia con las causas, mucho más globales, que generaron el abandono o profunda transformación de muchos poblados castreños de la primera Edad del Hierro.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Valdés, R. 1988: *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808*, Biblioteca Histórica Asturiana 3. Ed. Silverio Cañada. Oviedo, 1.ª ed. 1889.
- Audouze, F. y Buchsenschutz, O. 1989: *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. Hachette. Paris.
- Barroso, R.; Bueno, P.; Camino, J. y Balbín, R. de 2007a: "Fuentenegro (Asturias), un enterramiento del Bronce Final-Hierro en el marco de las comunidades atlánticas peninsulares". *Pyrenae* 38 (2): 7-32.
- Barroso, R.; Camino, J.; Bueno, P. y Balbín, R. de 2007b: *Fuentenegro. Un enterramiento del I milenio a. C. en la sierra de Cuera, Asturias*. Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo. Oviedo.
- Berrocal-Rangel, L.; Martínez, P. y Ruiz, C. 2002: *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo). Un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Bibliotheca Archaeologica Hispana. 13, Real Academia de la Historia. Madrid.
- Bettencourt, A.M.S. 2000a: "O vale do Cavado (norte de Portugal) dos finais do III milénio aos meados do I milénio AC: sequências cronológico-culturais". *Actas do 3.º Congresso de Arqueología Peninsular*, IV, *Pré-história recente da Península Ibérica* (Vila Real, 1999): 79-87. Porto.
- Bettencourt, A.M.S. 2000b: "O mundo funerário da Idade do Ferro do norte de Portugal: algumas questões". *Actas do 3.º Congresso de Arqueología Peninsular*, V, *Proto-história da Península Ibérica* (Vila Real, 1999): 43-53. Porto.
- Blas Cortina, M.A. de 1977: "Notas sobre el conjunto tumular de El Valle, Cabruñana (Grado)". *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 90-91: 423-429.
- Blas Cortina, M.A. de 1985: "Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-NO de la Península Ibérica". *Arqueología* 12: 129-136.
- Blázquez, J.M. 1984: "El urbanismo romano entre los astures". *Memorias de Historia Antigua* VI: 113-136.
- Blot, J. 1990: "L'Age du Fer en Pays Basque de France". *Munibe (Antropología - Arkeologia)* 42: 181-187.
- Bosch-Gimpera, P. 1932: *Etnología de la Península Ibérica, Arqueología i art ibericas*. Ed. Alpha. Barcelona.
- Bronk Ramsey, C. 2000: "Comment on 'The Use of Bayesian Statistics for 14C dates of chronologically ordered samples: a critical analysis'". *Radio-carbon* 42 (2): 199-202.
- Buchsenschutz, O. 1984: *Structures d'habitats et fortifications de l'Age du Fer en France septentrionale*, Mémoires de la Société Préhistorique Française 18. Paris.
- Camino Mayor, J. 1992: "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-1990*: 137-144.
- Camino Mayor, J. 1995: "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: apuntes para una sistematización de la Edad del Hierro". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1991-1995*: 117-126.

- Camino Mayor, J. 1999: "Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*: 151-161.
- Camino Mayor, J. 2000b: "Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: bases para un debate". *Archivo Español de Arqueología* 73: 27-42.
- Camino Mayor, J. 2005: "Prehistoria e Historia Antigua". En A. Fernández y F. Frieria (coord.), *Historia de Asturias*. KRK ediciones. Oviedo: 13-148.
- Chossenot, M. 1988: "L'habitat gaulois de la Tène Finale de la Cheppe-Camp de Mourmelon (Marne)". En *Architectures des Ages des Métaux: fouilles récentes*. Archéologie Aujourd'hui, Dossiers de Protohistoire 2. Errance. París: 103-110.
- Criado Boado, F. 1988: "Mámoas y rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos". Colóquio de Arqueología do Noroeste Peninsular, actas I, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXVIII* (Fasc. 1-2): 151-160.
- Cunliffe, B. 2004: *Iron Age Britain*. English Heritage, BT Batsford. London.
- Estrada García, R. 1999: "Reseña de la carta arqueológica del concejo de Grado". *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-98*: 315-317.
- Estrada García, R. 2000: *Guía del área arqueológica de Cabruñana*. Ayuntamiento de Grado-Gobierno del Principado de Asturias. Grado.
- Estrada García, R. 2007: "Estudio de la vertiente meridional del yacimiento romano de Las Murias (Doriga, Salas)". *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*: 323-327.
- Fernández-Posse, M.^oD. 2001: "La arqueología de los pueblos del Norte". *Edades. Revista de Historia* 8: 11-29.
- González y Fernández-Valles, J.M. 1966: "Catalogación de los castros asturianos". *Archivum* XVI: 255-291.
- González y Fernández-Valles, J.M. 1973: "Castros asturianos del sector lucense y otros no catalogados". *Cuadernos de Estudios Gallegos XXVIII*: 143-152.
- Jovellanos, G.M. de 1915: *Diarios (memorias íntimas), 1790-1801*. Instituto Jovellanos de Gijón, Madrid.
- Llano y Roza de Ampudia, A. de 1919: *El libro de Caravia*. Oviedo.
- Maya, J.L. y Cuesta, F. 2001: "Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres". En J.L. Maya y F. Cuesta (eds.): *El castro de La Campa Torres. Período prerromano*. Serie Patrimonio 6, TP Editorial. Gijón: 11-277.
- Méndez Fernández, F. 1994: "La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallega". *Trabajos de Prehistoria* 51 (1): 77-94.
- Olaetxea, C. 2000: La tecnología cerámica en la protohistoria vasca. *Munibe (Antropología-Arqueología), Suplemento 12*, Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián.
- Orejas, A.; Fernández Manzano, J.; Sánchez-Palencia, F.J. y Fernández-Posse, M.D. 1994: "Estructura social y territorio en la cultura castreña prerromana". En V.M. Oliveira Jorge (coord.): *Actas do 1.º Congresso e Arqueologia Peninsular (Porto 1993)* 4: 191-208. Porto.
- Parcero Oubiña, C. 1995: "Elementos para el estudio de los paisajes castreños del noroeste peninsular". *Trabajos de Prehistoria* 52 (1): 127-144.
- Parcero Oubiña, C. 2000: "Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del noroeste ibérico". *Trabajos de Prehistoria* 57 (1): 75-95.
- Parcero Oubiña, C. 2006: "Los paisajes agrarios castreños. Modelos de construcción del espacio agrario a lo largo de la Edad del Hierro del noroeste". *Arqueología Espacial* 26: *Espacios Agrarios*: 57-85.
- Ralston, I. 2006: *Celtic fortifications*. Tempus Publishing Limited. Gloucestershire.
- Requejo Pagés, O. 2007: "Antiguo puente sobre el Narcea en Casas del Puente (Cornellana, Salas, Asturias)". *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1999-2002*: 329-333.
- Ruiz de la Peña, J.I. 1981: *Las "polas" asturianas en la Edad Media. Estudio y diplomático*. Universidad de Oviedo.
- Sánchez-Palencia, F.J.; López González, L.F.; Fernández Manzano, J.; Álvarez González, Y. y Fernández-Posse, M.^oD. 1990: "La zona arqueológica de Las Médulas (1988-1989)". *Archivo Español de Arqueología* 63: 249-264.
- Stuiver, M.; Reimer, P.J. y Braziunas, T.F. 1998: "High-precision radiocarbon age calibration for terrestrial and marine samples". *Radiocarbon* 40 (3): 1127-1151.
- Uría Riu, J. 1948: "De Oviedo a Santiago". En L. Vázquez de Parga, J.M. Lacarra y J. Uría (eds.): *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. II, C.S.I.C. Madrid: 549-592.
- Villa Valdés, A. 2005: "Castros y recintos fortificados en el occidente de Asturias: estado de la cuestión". *Boletín Auriense* XXXIII: 115-146.
- Villa Valdés, A. 2007: "El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias protohistórica". En L. Berrocal-Rangel y P. Moret (eds.): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*. Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez. Madrid: 191-212.
- Villa, A. y Cabo, L.C. 2003: "Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: argumentos para su datación". *Trabajos de Prehistoria* 60 (2): 143-151.